éxito que, de ordinario, lograba al pronunciarlos. Este éxito era lo único que preocupaba á Antonio, cuando se encargaba de un litigio ó de un proceso. Como sucedia al más grande de los oradores griegos, el cuidado de los intereses defendidos por él, le hacia olvidarse de sí propio. Su espíritu, naturalmente sagaz y penetrante, su vasta memoria, su admirable talento de invencion, su práctica en los negocios del Foro, su conocimiento del corazon humano, (46) su maestría para desvanecer sospechas y convertir los pequeños indicios en luminosas pruebas, todos sus medios y facultades se ponian al servicio de la causa, sin reservar ni sacrificar nada á las insinuaciones de su amor propio, ni á sus particulares deseos.

En realidad, lo más digno de observarse en Antonio, es la preparacion á que se entregaba al encargarse de un asunto judicial ó político, y el método que seguia al defenderlo. Su primer cuidado era examinar sus medios de combate, y reconocer si le convenia defender su derecho más que combatir el de su enemigo, ó si podria hacer ambas cosas, en cuyo caso era implacable con el antagonista que tenia delante. Al propio tiempo averiguaba, por cuantas maneras podia, la disposicion de ánimo de los jueces á fin de no irritarles, inadvertidamente, con apreciaciones indiscretas. Despues de este trabajo preliminar, y ya ante el auditorio, seguia su plan, ó lo reformaba, segun las necesidades del debate, cuidando de no pronunciar palabra alguna inconveniente ó ligera; no concediendo nunca una ventaja real, por pequeña que fuese; complaciéndose en hostilizar con las mismas armas que le abandonaba, por descuido, su contrario, y haciendo valer su peculiar talento para producir incidentes inesperados y cambiar, de súbito, la faz de las discusiones (47).



Guardadas, con tan especial cuidado, todas las conveniencias, y despues de haber hecho brillar la luz de la razon, ó haber producido, con otros recursos, el convencimiento, Antonio reconcentraba todas sus fuerzas para lanzarlas unidas al tribunal, y convertirlo en protector del acusado; para hacer que los jueces olvidasen su carácter de tales, hasta el punto el obedecer, únicamente, á sus sentimientos de hombres. Mas, ¿cómo alcanzaba estos triunfos, que son los mayores á que aspirarse puede, en la elocuencia? Los alcanzaba utilizando medios, en él, como en todos los grandes oradores, más naturales que adquiridos. Los alcanzaba abandonándose á los impulsos de una sensibilidad ardiente, que se despertaba en su

pecho, y que imprimia á su voz, á sus miradas, á sus gestos, á todos los movimientos de sus brazos, á todos los músculos de su cuerpo, iguales vibraciones y sacudidas que experimentaban las fibras de su alma. Podemos, sí, mirar con indiferencia los truenos y rayos fingidos de los teatros; mas no las tempestades del cielo. Y de igual modo, señores, se puede permanecer impasible, y áun desdeñoso, ante esos fuegos artificiales de los abogados del Foro que no sienten lo que dicen; pero no hay corazon que no participe de las emociones, sincera y fuertemente sentidas, cuando se anuncian con el sello de la verdad, y salen del pecho del orador como una llama que nos caldea, que nos abrasa, y al propio tiempo nos deslumbra.

Otras veces, Antonio empleaba, en vez de este calor y apasionamiento, un tono mesurado é insinuante, para obtener, por consideracion á sí propio, lo que la justicia no permitia que se concediese á su defendido. Esto fué lo que hizo, en un proceso célebre, en que se acusaba, á un tal Norbano, de conspirador y sedicioso. (48) Mas, si Antonio no hubiese dispuesto de los recursos del patético, y si el timbre mismo de su voz, que era algo *parda* (como los cómicos y cantantes dicen) no hubiese preparado el efecto de sus perora-



ciones, nunca habria conseguido los éxitos que más contribuyeron á su fama. ¿Cómo pudo salvar al senador M. Aquilio del destierro, sino produciendo una verdadera sedicion de los afectos compasivos de los jueces, contra las exigencias terminantes de la ley? ¿Cómo, sino sintiendo la clemencia que queria despertar en los oyentes, y mostrando sus lágrimas, pudo hacer que las derramase el mismo Mario, que formaba parte del tribunal? En este proceso fué donde, levantando de la silla de los reos, al anciano respetable á quien defendia, la viva emocion de su alma, más bien que un designio premeditado, le hizo desgarrar las ropas de Aquilio, y mostrar las cicatrices de su pecho, como testimonios indelebles de su valor, y títulos, que lo hacian digno, del público reconocimiento. (49)

Aunque, no tanto como en la forense, tambien brillaba Antonio en la elocuencia deliberativa. Por desgracia no dejó monumentos de su genio, y áun la fama que en su época merecidamente alcanzó, se habria extinguido, por entero, si Ciceron no se hubiese encargado de perpetuarla, en uno de sus más bellos diálogos. Ni una palabra conocemos de sus discursos forenses; ni una sola, tampoco, de sus discursos políticos. De la campaña oratoria que sostuvo, cuando fué cónsul,

contra el tribuno faccioso S. Titio, sólo el recuerdo nos queda, y la noticia de que fué asunto largo, y en el cual tuvo mucho que oir, y mucho que responder. Ni siquiera terminó, un tratado de elocuencia que comenzó á escribir. (50)

Hablemos ahora de Crasso. Crasso poseia todas las grandes cualidades oratorias que brillaban en Antonio, unidas á otras de ménos importancia, que le hacian el orador más perfecto de su época. Por sus contemporáneos, ambos eran colocados á la mayor altura, aunque cada cual atribuyese el superior mérito, al que más se acomodaba con su gusto crítico. (51) La posteridad, sin embargo, ha dispensado á Crasso algunas muestras de preferencia. Motivos habia, aunque no muchos, en aquel famosísimo orador, para que fuesen más unánimes los aplausos que se le tributaron.

Nació el año 140 ántes de J. C. Fué educado con gran solicitud por su mismo padre, el cual vió sus desvelos recompensados, con la temprana gloria que alcanzó su hijo. A los 21 años de edad inauguró, Crasso, su carrera política, entre los aplausos de su auditorio, y la admiracion de los viejos campeones de la tribuna. (52) Su primer discurso fué dirigido còntra C. Carbon, el que ántes cité, que muy lejos de ser un enemigo despreciable, era uno de los más elocuentes oradores y poderosos ciudadanos de su tiempo. Influido, acaso, por la impaciencia juvenil, y ansioso del aura popular, el siguiente año apoyó el establecimiento de la colonia Narbonense. En la arenga que con tal motivo pronunciara, se revelaba una madurez de entendimiento, superior á su edad. Esto no impidió que, más adelante, se le reconviniese de inconsecuencia, fundándose en algo de lo que entónces habia dicho. Vuelto á Roma, cuando ya tenia 27 años, defendió á Licinia, una de esas sacerdotisas de Vesta, que habian hecho á la diosa la ofrenda de su castidad, sin haberle hecho, ántes, la ofrenda de su corazon, y á la cual estaba ligado Crasso por vínculos de parentesco.



Poco despues fué á Asia de cuestor, y á su vuelta se detuvo en Atenas, donde frecuentó las escuelas de filosofía y retórica, y sostuvo, á las veces, su opinion, en desacuerdo con los maestros que allí enseñaban. Ningun ruido hizo Crasso mientras fué tribuno. Los partidos políticos dormian entónces un breve sueño, del que habian de despertarse tan enfurecidos como ántes. Obtuvo, despues, los cargos de pretor y edil; y cuando ya habia llegado á la edad de la razon pura, ejerció los dos supremos cargos de cónsul y

censor; el primero á los 44, y el segundo á los 48 años de edad. (53)

Atesoraba Crasso, al comenzar el verano de su vida, unos conocimientos vastísimos, profundos y universales, que llenando los senos de su inteligencia y su memoria, constituian, en él, la preparacion general, que todos los grandes oradores necesitan. Conocia Crasso la historia, la filosofía, y la patria literatura; y habia estudiado la lengua griega, hasta poseerla con tanta perfeccion como la suya propia. (54) En su juventud, para formarse un estilo, y adquirir facilidad en expresar las ideas, practicaba el ejercicio que ya indiqué al hablaros de Carbon; mas, no considerándolo de bastante eficacia, se aplicó con preferencia, á traducir los oradores griegos. (55) En lo relativo á la ciencia del derecho, sus conocimientos sólo eran superados por los de Escévola, que, alguna vez, tuvo que declararse en derrota, á pesar del apoyo terminante de la ley, vencido y acosado, por la palabra irresistible de Crasso. (56)

A sus raras dotes naturales, y á esta universalidad de conocimientos, debió que su elocuencia fuese más segura, más obediente á su voluntad, más multiforme aún que la de Antonio; que su estilo poseyese grandes riquezas de elocucion, por nadie igualadas hasta entónces en Roma, y



una brevedad que, lo mismo que la de Demóstenes, no perjudicaba la elegancia y las amplificaciones oratorias; y que sus ideas pareciesen, si no engendradas por las doctrinas de Platon, concebidas bajo la influencia de aquel filósofo eminentísimo. Añádase, á esto, una inspiracion que se elevaba, algunas veces, al sublime, sin excluir otras, el gracejo, la cortés ironía, el difícil arte de combatir con el ridículo, que llega, en ocasiones, á donde no alcanza la razon; añádase además un gran dominio sobre sus facultades oratorias, que sin esfuerzo le permitia guardar todas las conveniencias; y un talento admirable para hacer brillar sus dotes, lo mismo en las árduas lides judiciales y políticas, que en la fácil arena popular; y se tendrá una idea, siquiera sea incompleta, de lo que era este insigne orador.

El estudio que de sí propio hacía, le indujo á acomodar, su manera oratoria, á los cambios que la edad iba verificando en él, y al carácter de las altas magistraturas que desempeñó. La vehemencia con que hablaba en su juventud fué templándose, poco á poco, á compás de los años; su voz tuvo acentos más suaves, y su accion se hizo más pausada y majestuosa. (57) Temia Crasso que los achaques de la vejez le obligasen á abandonar la tribuna y el foro por completo; y, en esta previ-

sion, habia resuelto buscar una honrosa retirada en la ciencia del derecho, y la vida del jurisconsulto.

Cuando Crasso tenia que hablar sobre algun asunto grave, se entregaba ántes á una profunda meditacion. Su mirada intensa y fija, revelaba que la meditacion era un estado habitual, ó frecuente, de su ánimo, y la mayor potencia de su espíritu. Desde el principio de su arenga se le escuchaba con interés. De ordinario, preparaba sus exordios cuidadosamente, pronunciándolos con un tono mesurado, y una accion natural y sencilla. Tanto él como Antonio, al comenzar sus discursos, experimentaban, á las veces, cierto embarazo y dificultad, que parecia incompatible con sus grandes facultades oratorias. Las palabras iban saliendo lentamente de sus lábios, palidecia su rostro, y todo en ellos, anuncia una timidez, una confusion, una pereza de inteligencia y memoria, que sólo se explica recordando que ambos eran tan modestos y desconfiados de sí propios, como suelen ser atrevidos, y pretenciosos, los ignorantes y los nécios. (58) Tal turbacion experimentó Crasso una vez al comenzar una arenga, que, apercibido de ello el presidente del tribunal, que era su amigo, aplazó la vista del pleito para mejor ocasion. (59) Pronto cedian estas vacilaciones, al soplo de la inspiracion; mas, entónces mismo, en lugar de abandonarse á los impulsos de un calor repentino y desigual, dominaba los movimientos demasiado impetuosos de su ánimo; marchaba rápida y magestuosamente, sin extraviarse un punto de la senda que le convenia seguir; permanecia quieto en un solo sitio de la tribuna, conservando siempre en sus pensamientos y palabras, como en las miradas, en los ademanes, y el acento de su voz, la más completa dignidad; y si algun importuno le interrumpia, lo escarmentaba con un duro apóstrofe, ó un epígrama acerbo. El calor de su alma iba enardeciendo, poco á poco, su lenguaje y su rostro; y cuando ya estaba animado por la cólera, la compasion, ú otro afecto cualquiera, las más felices exclaciones, las ideas y frases más oportunas brotaban copiosamente de sus lábios, y eran acogidas, por su auditorio, con la ansiosa avidez que sólo puede producir la magia de la palabra. (60)



Describe Ciceron, algunas escenas oratorias, tanto civiles como políticas, de las principales á que asistió Crasso, y hace breves reseñas de los discursos que pronunciara entónces, conservando algunas de sus palabras. No puedo seguir, paso á paso, al escritor latino. Direos, sólo, que sus mayores combates forenses, los sostuvo Crasso

contra Q. Escévola; y que una desavenencia que le indispuso, cuando fué censor, con su compañero en aquella alta magistratura, le obligó á sostener discusiones animadísimas. Uno de sus discursos comenzaba con la siguiente frase: «Veo sin pena que se me aventaje, en lo que depende de la naturaleza ó la fortuna; mas no sufro con paciencia la superioridad, en aquellas cosas que los hombres pueden adquirir por sí propios.» (61) Este hermoso pensamiento, parece inspirado por Sócrates. En todo el resto del discurso, el orador usó del ridículo, contra su adversario, implacablemente.

Su ironía jamás alteraba su gravedad, ni degeneró en injuriosas personalidades de mal gusto. Tuvo el arte de hacer reir al auditorio; pero nunca á sus espensas, ni convirtiéndose en juglar. En cierta ocasion, Crasso hablaba contra un abogado poco hábil, y notable por la fealdad de su rostro. Interrumpido á cada instante, suspendió su discurso y dijo, con el acento que podeis comprender: «*Escuchemos á ese hermosísimo orador.*» El aludido quiso calmar la risa del auditorio, exclamando: «No he podido formar mi cara; sólo he podido formar mi inteligencia.» «*Escuchemos*, replicó Crasso con igual desden, *á ese elocuentísimo orador.*» Las risas estallaron



de nuevo. Peroraba, otro dia, contra un patricio que habia disipado todo el patrimonio de sus mayores. Tuvo, el adversario de Crasso, la mala ocurrencia de leer dos pasajes de discursos de éste, para hacer notar una contradiccion. Esto era lo mismo que encender las iras del coloso. Entónces fué cuando respondió á la provocacion, lanzando un diluvio de palabras mordaces, y burlas amargas y penetrantes, sobre su infeliz antagonista. Como éste habia vendido poco ántes unas termas, y dijese en el calor del debate, que estaba sudando, sin saber por qué, Crasso exclamó: «No os extrañe que sude; acaba de salir de los baños.» (62)

Pero estas mortificaciones y otras más incisivas de la misma índole, fueron nada, ante el rasgo patético que produjo la inspiracion de Crasso, al ver pasar á distancia, desde la misma tribuna en que se encontraba, el entierro de Junia, abuela de su adversario. Volvióse sobre él repentinamente, y abrumándole con sus miradas y sus ademanes, exclamó en un tono tan elevado como impetuoso:

«Y bien, Bruto, ¿qué quieres que esa mujer virtuosa vaya á anunciar á tu padre, á tantos hombres ilustres, cuyas imágenes acompañan ese funeral, y á aquel mismo J. Bruto que libró, al

pueblo romano, de la dominacion de los reyes? ¿Qué podrá referirles de tu vida? ¿A qué noble ocupacion, á qué gloria, á qué virtud les dirá que te consagras? ¿A aumentar tu patrimonio? Este sólo cuidado no corresponde, quizá, á un hombre de tu estirpe; pero, aunque así no fuese, ¿qué adelantarías? Ya no conservas nada, ya lo has disipado todo en vicios y desórdenes. ¿Les dirá que te dedicas á las tareas del Foro? Esto seria seguir las huellas de tu padre; pero tendrá que decirles que has vendido la casa paterna, y que ni siquiera te has reservado del moviliario, la silla del jurisconsulto. ¿Les dirá que sigues la carrera de las armas? Jamás has pisado un campamento. ¿Qué cultivas la elocuencia? No tienes la menor nocion de este arte, y toda la fuerza de tus pulmones y tu palabrería, las has prostituido, vergonzosamente, en el vil oficio de calumniador. Y, sin embargo, te presentas en público, y llevas tu cinismo hasta el punto de dirigirte, cara á cara, á los jueces, de comparecer en el Foro, en medio de Roma, y á la vista de tus conciudadanos. ¡Y no mueres de vergüenza ante ese cuerpo inanimado, y esas imágenes sagradas de tus mayores! ¡Ah! muy lejos de poder imitar aún sus virtudes, ni siquiera tienes un rincon donde conservar sus retratos.»



El hombre que, de improviso y de tal modo, encuentra su inspiracion, cuando la necesita; y, en medio de ella, conserva el arte de desarrollar sus ideas en el mejor órden posible, era un orador, un grande orador, sin duda alguna. Pero esas palabras, cuyo efecto se comprende recordando lo que era el gran Foro romano, y lo que seria, sobre todo, cuando el más insigne orador de la ciudad hablaba, en una causa ó litigio de mucho empeño, esas palabras, repito, no bastan á dar una idea de la elocuencia que Crasso desplegó, en una sesion célebre del Senado. Decíase, de ordinario, que su último discurso era el mejor, en lo cual se obedecia, acaso, al influjo de la impresion más reciente, sólo por serlo; pero en el debate á que me refiero, todo el mundo convino en que, si ántes sobrepujaba, con su palabra, á los demás, entónces se habia sobrepujado á sí propio.

El cónsul Filipo habia pronunciado un discurso violentísimo ante el Pueblo, diciendo que no podia gobernar, acertadamente, con una Asamblea como la de los patricios, y encendiendo, contra ella, las iras populares. Reunióse el Senado para deliberar sobre aquellos ataques injuriosos, y Crasso hizo uso de la palabra. La escena no podia ser más solemne, ni el asunto más grave, ni

la resolucion más urgente. Comenzó deplorando el triste abatimiento del Senado. ¡Cuántos ejemplos no citaria de la firmeza con que, en pasadas épocas, aquel alto cuerpo habia salvado la República de los mayores peligros! Clamó, en seguida, contra la audacia del cónsul, que, separándose de la marcha de sus más ilustres predecesores en aquel cargo, en lugar de ser la égida protectora del patriciado, pretendia, «como un infame salteador, despojarle de su dignidad hereditaria;» y demostró, tambien, que aquella conducta de Filipo, era una continuacion de la que habia observado ántes; por lo cual no debia extrañarse que el mismo hombre, cuya funesta política tantas agitaciones produjera recientemente, quisiese completar su obra, privando á la República del firme apoyo del Senado. Encendido el furor del cónsul, por los rudos ataques de Crasso, para intimidar á éste, llegó hasta mandar que se le confiscase una parte de sus bienes. Entónces, segun Ciceron dice, fué cuando Crasso desplegó un talento más que humano. Oigámosle, en uno de los arranques vehementísimos de su arenga: «Tú que has desconocido la autoridad del Senado, que has ultrajado, y hollado, con tus piés, esta augusta Asamblea, á la faz del Pueblo, piensas sin duda atemorizarme con tus injurias y



amenazas. No, para imponer silencio á Crasso, no es los bienes, sino la lengua, lo que hay que arrancarle; y áun cuando sólo me quedase el aliento, mi alma libre sabria rechazar tu tiranía.» Habló largo rato desplegando todo su genio, y consiguiendo arrastrar al Senado, casi unánime, en la impetuosa corriente de su elocuencia, á que aceptara su dictámen, y una proposicion presentada por el mismo Crasso, en la cual se consignó que el celo y la sabiduría del Senado, habian favorecido siempre los intereses del Pueblo. (63)

Despues de este fatigoso discurso, el hombre divino, como le llama Ciceron, bajó de la tribuna presa de una fiebre que, á los siete dias, le llevó al sepulcro. ¡Ah, señores! Crasso murió oportunamente. Dias de luto se preparaban para Roma. Poco despues se apoderó Mario del poder supremo, y quiso celebrar su triunfo, con una orgía donde se derramase la sangre más ilustre de su pátria. Cátulo, su compañero cuando la derrota de los cimbrios, tuvo que suicidarse por no sufrir una muerte pública y cruenta. Marco Antonio, descubierto en el retiro en que se ocultaba, fué rodeado de una tropa de asesinos, que envió Mario, para que le llevasen su cabeza; pero las palabras del orador, con más hechizo que el canto de las sirenas, desarmaron el brazo de aquellos hom-

bres de alma endurecida. (64) Fué necesario que un malvado, que habia quedado á la puerta del recinto, penetrara, para indagar el motivo de la tardanza, y que segase, de un sólo golpe, la garganta de Antonio, ántes de escucharle, para que el crímen se cometiera. Mario, el feroz Mario, se gozó á la vista de aquel trofeo ensangrentado, y mandó exponerlo en la tribuna de las arengas, en el mismo sitio donde años ántes derramara lágrimas de compasion bajo el influjo de la palabra de su víctima; bajo el influjo de aquella lengua y de aquellos ojos, ya helados por el frio de la muerte, para nunca más difundir las luces, ni vibrar los rayos de la elocuencia.

Mas, la muerte de estos hombres ilustres, y la del mismo Mario, que tuvo lugar en seguida, así como la de otros personajes de la República, no creais, señores, que dejaba á Roma despoblada para siempre. Como una selva reducida á carbones por el incendio, la ciudad presentó un aspecto lúgubre y desconsolador; pero lo mismo que si las llamas se hubiesen cebado en los árboles corpulentos, sin ofender los pequeños retoños, ni matar la vida de las raíces, de entre aquellas cenizas brotó un plantel de jóvenes, que más tarde habia de convertirse en pléyada de grandes artífices de su propia gloria, y de la gloria de su pátria. Varron, Hortensio, Ciceron, Pomponio Atico, Julio César y Lucrecio, que apénas habian salido de la infancia; Cátulo y Salustio que nacieron el mismo año en que pareció Antonio; Horacio, Virgilio, Tito-Livio y otros ingenios, cuyas cunas estaban ya preparándose, prometian gran cosecha de laureles, á las ciencias, las armas, la poesía, la política y la elocuencia de Roma. Esto último, por lo ménos, lo iremos viendo en las conferencias siguientes.



He dicho.